



## LOS DÍAS DE LA JÁMILA

Manuel Belzunce - Cipriano Torres - Ángel Haro

## CRÉDITOS



El viaje de los artistas **Manuel Belzunce**, **Ángel Haro** y del escritor **Cipriano Torres** a la localidad de Chinguetti así como toda la experiencia humana y creadora que se relata en este libro no hubieran sido posible sin la ayuda inestimable de: **José Jiménez Godoy**, **Jesús Egea (Gelen)**, **Juan Carrasco** y **Antonio Hernández Cava**. La edición del DVD ha sido patrocinada por **Murcia Cultural s.a.**

Queremos dar las gracias a toda la gente de la **Fundación Chinguetti** por su asesoramiento en la preparación del viaje, a **Alfonso Torres** por su hospitalidad al brindarnos su casa en Chinguetti, a **Orville Gálvez** por compartir su experiencia vital durante unos días tan hermosos como intensos, a nuestro guía **Mohamed (Manuel)** por su sabiduría, a **Hammed Kenkhu** por su atención y por llevarnos a ver el mar, a **Lara López** por su generosa voz, a **Julieta de Haro** por correr con los pasaportes por Madrid y a **José Fermín Serrano** por improvisar un hueco en la programación de su galería para mostrar este trabajo.

# Día 1.

**1 de setiembre de 2005. Aeropuerto de Barajas. Madrid.**

Antonio Clavé moría ayer. Hoy, 1 de setiembre, una necrológica breve, con foto pequeña, recuerda su muerte en El País. Tanto Ángel como Manolo coinciden, era mejor que Tapies, y de hecho ya se encargó él y su camarilla de mantenerlo a raya, porque también Tapies, dicen, sabía que era mejor que él. Manolo apunta un dato más, su espíritu anarquista nunca encajó en el sistema. Mientras hablan miro a la gente, que espera el anuncio del vuelo con rostros cansados. Nosotros también lo estamos. Anoche salimos de Aljucer a la una de la madrugada Ángel y yo. A la una y media recogíamos a Manolo en su casa de San José de la Vega. Excepto el cabezazo de diez minutos que dio Ángel en la explanada de un restaurante de carretera antes de llegar a Madrid para espantar el sueño, nadie ha dormido nada. La excitación del viaje nos mantiene alerta. A las siete y media embarcamos. A las ocho sale el vuelo a París, al aeropuerto grande, al Charles de Gaulle.

**9'30. Aeropuerto Charles de Gaulle. París.**

El vuelo ha llegado bien, pero hay que salir pitando a la puerta de embarque porque el avión a Nouakchott está berreando en la pista. Corremos por pasillos bajo cúpulas de cemento y acero porque Air France no está dispuesta a esperarnos. Un gentío se dirige hacia sus destinos haciendo colas ordenadas ante rótulos con nombres de países africanos. La luz es difusa, eso que algunos escritores llaman de ceniza. La mañana es fresca, el cielo es panzaburra y ha comenzado a llover con mansedumbre de postal. Pero no tenemos tiempo para mirar por los cristales y ponernos melancólicos. La enorme panza del airbús 340 impresiona, y te haces la pregunta de siempre, cómo es posible que un bicho tan grande levante el vuelo, cómo esas alas de pájaro monstruoso no acabarán quebrándose en el esfuerzo. Al fin embarcamos.

Nos hacemos fotos como chiquillos. Dentro del avión, cuyo destino final es Konakry, se ve gente con soltura económica, jóvenes con ropas de marca y aparatos electrónicos sofisticados para escuchar música, mujeres que combinan ropas tradicionales africanas con elegantes complementos occidentales. La nave se pone en marcha y sí, una vez más se levanta del suelo y sube por encima de las nubes. Dormitamos, ojeamos películas y vídeos en el monitor individual, donde también podemos seguir en un mapa el vuelo que hacemos, las ciudades que sobrevolamos, Palencia, Madrid, Sevilla, Málaga, Tánger, Rabat, Agadir, el Sahara, Nouadhibou... Nouakchott.



### 14´30. Aeropuerto de Nouakchott. Mauritania.

Cuando la puerta del avión se abre al llegar a Nouakchott un fogonazo de aire de horno y humedad recorre los pasillos de la nave. Bajamos las escalerillas. Ya estoy empapado. Una fila de policías parece escoltar a los viajeros, que miran aturdidos. Dentro, en la sala donde están las cabinas para sellar los pasaportes, cuesta respirar. Estamos en una cueva por la que no circula el aire desde el Pleistoceno, y por si alguien mirara al cielo buscando explicaciones sólo encontraría la carcajada de un techo altivo de uralita. Un tipo con una credencial gastada nos pide nuestro pasaporte con la urgencia del que golpea primero. Los pasaportes, como un ramito de flores que Ángel lleva en las manos, son arrebatados por ese buscavidas que a su vez se los da a un policía aliado que a su vez se mete en un cuartucho al que obligan a que entre Ángel. Sin miradas ajenas la intimidación es más fácil, y los 10

euros que le pide el policía corrupto por sellar los pasaportes serán abonados con desgana pero sin rechistar. Mientras, un avispero de sudorosos maleteros revolotea esperando que la cinta, renqueante, traiga nuestros equipajes para tirarse a ellos. Hay que ponerse serios para impedirlo. La llegada de Ahmed, nuestro guía, los ahuyenta porque saben que ya no hay nada que hacer. El trayecto desde el aeropuerto al hotel es corto, pero suficiente para darte cuenta de que has llegado a un lugar que tiene tanta vida como miseria.

El Novotel es el mejor establecimiento de Nouakchott. Es un oasis en el centro de la ciudad, una cápsula irreal que te recibe con el sarcasmo de su césped cuidado, de sus empleados uniformados y atentos, con su aire de fortaleza de color naranja a siete alturas del suelo. Cuando llegas del infierno, entrar al Novotel es entrar en un paraíso con aire acondicionado, mármoles, maderas, diseño africano en el mobiliario, espejos, grandes y decorativas fotografías de camellos y desierto, cómodos asientos, limpieza, y latas de cerveza a 6 euros. Nos instalamos, una ducha rápida, quince minutos de descanso, y a la oficina de Ahmed para cambiar dinero, decidir qué 4x4, es decir, qué Toyota nos llevará –Toyota es el rey mauritano-, y preparar la salida de mañana hacia Chinguetti.





La oficina de Ahmed está cerca del gran mercado, en una calle en la que trabajan la mayoría de agencias dedicadas a extranjeros que han de desplazarse por el país. No hay forma de hacerlo si no es con un buen coche, un vehículo acondicionado para alternar saltos desde el asfalto a las pistas de tierra y chinarro en distancias de centenares de kilómetros en los que el viajero sólo encontrará eso, la nada. Mauritania tiene una población que apenas alcanza los tres millones de habitantes, pero como el noventa por ciento de su territorio es desierto, la gente vive concentrada en urbes descomunales como la capital del país y en poblaciones como Nouadhibou, en el norte, en la frontera con Marruecos, en Akjoujt, Atar, o Chinguetti, con sus tres mil habitantes, todas ellas en el noroeste.

La moneda mauritana es la uguiya, y por un euro te dan trescientas veinte uguiyas, así que si cambias cien euros no sabes dónde meter tanto fajo de billetes. Treinta y dos mil y pico uguiyas es mucho dinero en un país en el que el pan apenas cuesta unas monedas, pero aún así, el sesenta por ciento de los mauritanos vive por debajo del umbral de la pobreza. De golpe te sientes tan rico como miserable, o tan rico como afortunado porque tú podrías ser ese hombre lisiado que se pasa las horas esperando una caridad de quien también espera recibirla, o una mujer con el niño colgando en el costado que trata de asomarse al coche en el que viajas por ver si sueltas algo, lo que sea. La relación es fácil, hombre blanco es igual a hombre con dinero. Pero ojo, en Mauritania la necesidad, incluso la miseria, son dignas, no te sientes acosado, nadie te sigue con la mano extendida, incluso los chiquillos que te miran lo hacen con una prudencia conmovedora, sin agobio. Eres tú, tu conciencia, la que no soporta ver lo que ve.

Nos echamos a la calle acompañados por Mohamed, un muchacho esbelto y tímido que nos llevará al gran mercado y luego, antes del anochecer, a las afueras de la ciudad, hasta la playa, para ver la llegada de los pescadores, una cita en la que cada día se muestra la lucha por la vida frente al decorado vivo y turbador de la tarde. Paseamos embelesados por el gran mercado, un lugar caótico y abigarrado donde se venden telas, joyas, artículos de limpieza, gafas, humildes y toscos trabajos con troncos de palmera, calzado, y bubús, la ele-





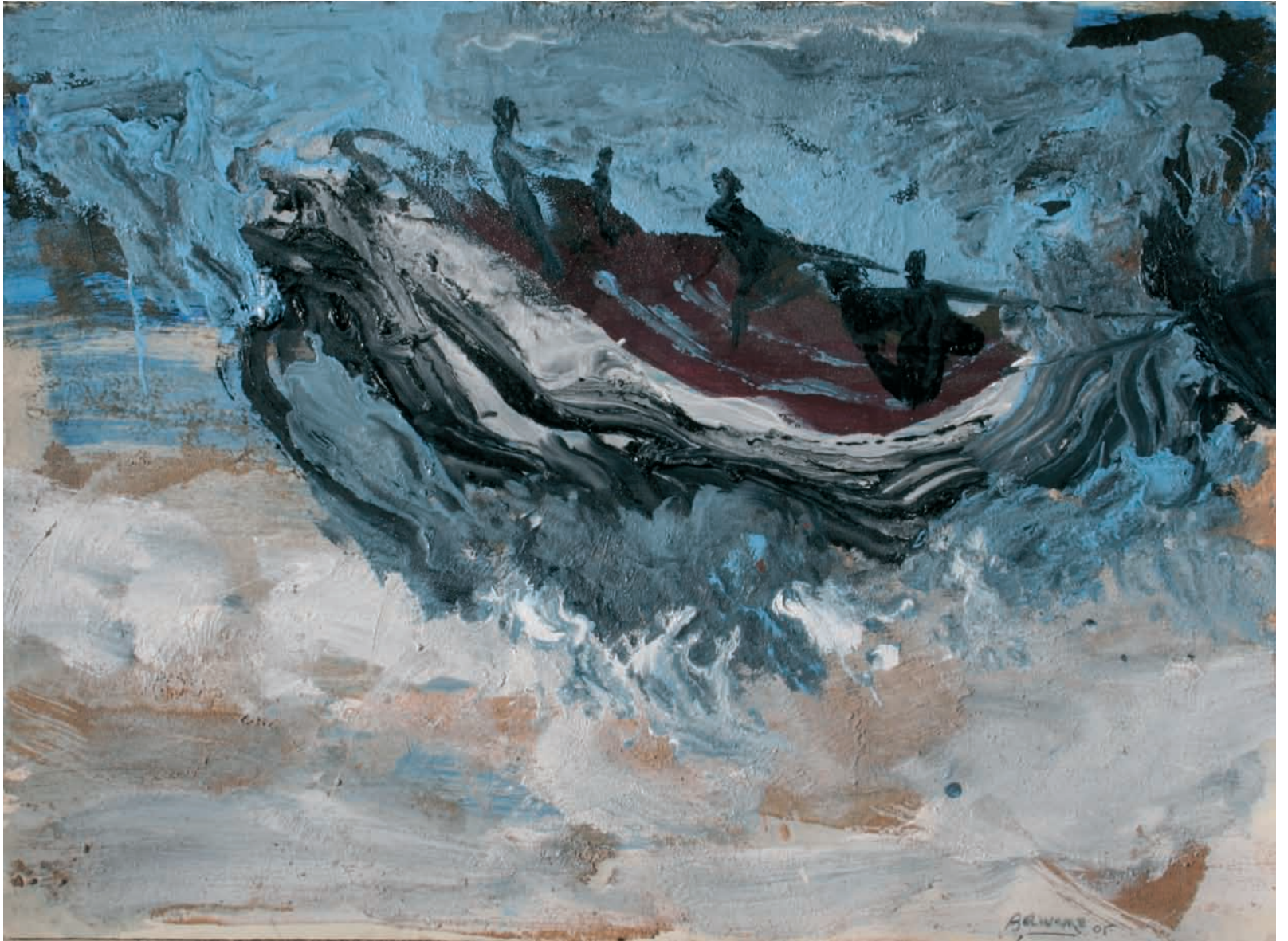


gante prenda con la que los hombres completan su vestuario, una especie de amplia chilaba que se coloca encima de la camisa, la camiseta, y el pantalón bombacho. Azul o blanco, el bubú es un reflejo de la situación económica de quien lo lleva ya que los hay lisos o con la pechera bordada en ricas telas. Eso sí, ninguno se fabrica en Mauritania, que no tiene industria textil. Llegan, quién lo iba a imaginar, de China.



Ajustamos el precio, y por 500 uguiyas, algo así como euro y medio, un taxi nos lleva al otro extremo de Nouakchott, a la playa. Cientos, miles de personas, hombres mayores, chicos jóvenes, mujeres, niñas, se agolpan en un hormigueo laborioso al borde del mar, a donde llegan las olas del Atlántico suaves y doradas porque el sol se va cayendo enfrente, en la raya del horizonte poblada de barquichuelas. Cuando las barcas se acercan a la playa todo el mundo se lanza al agua para tirar de ellas y sacarlas del mar, y en ese instante comienza la clasificación del pescado, el reparto en bolsas, a puñados. Quizá, para algunos, la única comida del día. Hay unas horas en que la escena se repite sin cesar en apenas medio kilómetro. Las barcas varadas forman un farallón de colores y maderas gastadas a pocos metros de las olas, y el olor llega denso, una mezcla de pescado fresco y pescado podrido hace siglos, una mezcla de yodo y salitre y de sabrosas humaredas de asaderos improvisados en la arena. Unas maderas, unas cuantas piedras, y el fuego compartido irá dorando el lomo del pescado de la cena, celebrada con risas y un asomo de reserva vergonzosa por los jóvenes que la preparan tumbados bocarriba.





Manule Belzunce: Título de la obra

Cuando llegamos al hotel, cansados después de un día de mucho ajeteo, quedamos en levantarnos a las 8 de la mañana para salir hacia Chinguetti sobre las 9, después de desayunar en un pequeño restaurante que vimos anoche. Lo lleva una mujer blanca, embarazada. Todos hemos dormido bien. Notamos al momento que la buena señora no tiene mucha costumbre en atender tan temprano a ningún cliente. Ha movilizado a varios muchachos para que acarreen dulces, pan, botes de zumo. Las ventanas del negocio y la puerta están protegidas por tupidas redcillas para que las moscas no entren al local. En el calor húmedo de Nouakchott las moscas forman parte de la vida. Hay que irse. Nos esperan muchos kilómetros de viaje.



# Día 2.

## Nouakchott / Chinguetti. La nada en 600 kilómetros.

Son las 9 de la mañana. Toda la carga va en la parte trasera y descubierta del 4x4, aunque protegida por una fuerte red para que no salga disparada cuando el coche salte sobre las pistas de tierra. Hay que comprar agua, fruta, algo ligero para picotear por el camino. Aún no sabíamos que el agua aguantaría poco más de media hora. Pasado ese tiempo, rodeados por la hoguera que llegaba de la llanura más inhóspita que jamás habíamos conocido, beber de la botella era quemarte la garganta. Al fin, con la compra de necesidades básicas, abandonamos el Novotel, al que volveremos en doce días. Manolo Belzunce, delante, con Mohamed, estableciendo una rara y emocionante relación desde el primer momento. Ángel Haro y yo, en los asientos de atrás. Aún no habíamos abandonado la ciudad cuando Mohamed, del que apenas conocíamos su voz, se detuvo de golpe aparcando el coche a un lado de la calle, un lugar repleto de talleres, con neumáticos, motores y piezas de vehículos esparcidos en las aceras. Un revuelo de muchachos se afanan alrededor del nuestro. La primera, en la frente. Nuestro vehículo lleva rueda de repuesto, pero está pinchada, y nadie se atrevería a meterse en la carretera sin antes pasar por el taller. Nos lo tomamos con calma y nadie le pregunta a Mohamed por qué, si sabía que estaba pinchada, no la arregló ayer, como hubiera sido lógico. Habrá muchas más situaciones que no entendamos. En Mauritania, la lógica tiene leyes locales.

Al fin, con la rueda arreglada, comienza de verdad el viaje. Son más de las 10 de la mañana cuando hacemos otra parada para llenar el depósito de gasolina. Unas 10.000 uguiyas, unos 30 euros. A unos centenares de metros, ya en la carretera, el paisaje, el ambiente, los edificios cambian. Dejamos atrás barriadas miserables, sucias, sin alcantarillado, sin alumbrado público, empantanadas entre desechos, con chiquillos rebozándose en la porquería. De repente, las viviendas son casitas destartadas, de bloques de hormigón sin enlucir, diseminadas a lo lejos, casas destechadas, como surgidas de la arena, de la inmensidad que las rodea. Son el respiro de mucha gente de Nouakchott, la casa del fin de semana, de las vacaciones, de gente acostumbrada al desierto que se fue a vivir a la ciudad pero añora el cielo raso, y por eso no las techan o cuando las habitan llevan lonas con las que cubrirlas. En el fondo, una forma moderna de perpetuar el espíritu nómada del país. Desde el coche todo parece irreal.

Cuando se termine el mundo, quienes lo vean, verán lo que estoy viendo ahora. El desierto ha llegado a la ciudad, o la ciudad ha querido arrebatarle dominios al desierto. Miles de recámaras de caucho, hincadas en la arena, forman líneas rectas como si marcaran propiedades. Cachivaches y restos de vehículos corroídos por el polvo y el viento se desperdigan sin cuento en la lejanía, salpicados entre





casas a punto de ser tragadas por las dunas, un paisaje triste, de una desolación paralizante y al mismo tiempo atrayente, como esos acantilados a los que te asomas sin estar seguro de poder aguantar mucho tiempo sin echarte al vacío. El calor comienza a ser insopor- table. Tengo la sensación de que viajamos por una carretera que no tiene fin en medio de un paisaje que tampoco lo tiene. Y me da esca- lofríos. Apenas nos cruzamos con otros vehículos. Mohamed condu- ce a 100 kilómetros por hora, ni más ni menos. Nadie habla. Nos pasamos el agua con un gesto. La ventanilla es ese acantilado al que no podemos dejar de asomarnos.



Hace rato que la gente desapareció. No se ve nadie. Claro que piensas qué sería de ti si te soltaran en medio de esta llanura sin límites en la que el horizonte tiembla de calor, como esos espejos que defor- man las cosas. Y por eso, cuando en la distancia ves un rebaño de camellos atravesando la nada en dirección a la nada no sabes si es fruto de la calina o de tu deseo de ver alguna forma de vida, pare- cida o no a la tuya es lo de menos. El horizonte parece de agua y los escasos arbustos flotan muy lejos sobre ese desvarío óptico. La bote- lla que bebemos comienza a quemar. Abrasa la garganta. En estas condiciones nada es de broma. La vida mucho menos. Nos encami- namos hacia el noreste del país, penetrando en esa vasta extensión que en los mapas se refleja en amarillo, el color del puro desierto sahariano, esa franja que nace en la costa atlántica y atraviesa África como un brochazo hasta casi el Mar Rojo. Aquí no existe la tie- rra de labor. Es imposible cultivar sobre el infierno.

Llegamos a Akjoujt, la capital de la región de Inchiri, y comproba- mos que el teléfono vuelve a tener cobertura. Está a 200 km de Atar,



la capital del Adrar, otra de las doce regiones en que se divide Mauritania, y a 300 de Nouakchott. O sea, estamos justo en mitad del camino. Akjoujt es un sitio de descanso donde se puede tomar té, comprar agua fresca, hacer algunas compras, y llenar el depósito de gasolina. Aquí se paran los coches atiborrados de viajeros, que se dirigen a los soportales junto a la carretera para descansar en las esteras. Nadie se tumba en ellas con el calzado puesto. Nosotros preferimos sentarnos en los bordillos a la sombra de las casas. Estos lugares son lo que hace tiempo fueron los antiguos caravasares a los que llegaban las caravanas en sus traslados por el desierto. También existen pequeños hotelitos, albergues para pasar la noche. Inchiri, como la región, es el nombre más repetido. De un vehículo atestado de gente, de hombres y mujeres con bubús blancos y azules, sale un chico joven en pantalón corto. Increíble. Un chino. ¿De dónde vendrá?

Renovados, emprendemos nuestra ruta. Pero aún nos da tiempo para saludar a dos hombres que hace unas horas nos encontramos en la carretera pidiendo ayuda porque su coche se paró. Nos bajamos del nuestro, empujamos el vehículo, y lo dejamos, inservible, en el secarral de chinarro, que es la cara que tiene el desierto cuando entras en la región de Inchiri. Los dos hombres, sin aparente preocupación, confiados, se quedaron allí, en el arcén de la carretera solitaria. Ahora, cuando estábamos a punto de marcharnos, los vemos sentados sobre las esterillas tomando té. Alguien los trajo hasta Akjoujt, aunque el coche, según comentan, tal vez acabará formando parte del paisaje. Me asombra la resignada aceptación de la fatalidad que observo en la gente. No hay protesta, ni blasfemia, ni nervios por no llegar a tiempo a donde quiera que fueran, como si la posibilidad de un tropiezo, de la desgracia, formaran parte del juego de azar que es la vida. Y también de la confianza en el otro, en el semejante. Nos despedimos y nos vamos. Es extenuante conducir por estos caminos de fuego.

A unos cien kilómetros de Akjoujt, Mohamed dice que le duele la cabeza y necesita parar en ese albergue. Hay unos cuantos hombres tumbados en las esteras, bajo el techo de lana de la jaima, y un camión detenido en el arcén. Estamos a punto de entender, sorprendidos, cómo se comparte casi todo cuando apenas se tiene nada. Nos bajamos del coche y saludamos al camionero, un chico joven que viaja con su hermano pequeño, de unos diez años. Mohamed le pide que haga té para que se le calme el dolor de cabeza. El joven conductor deja en el hornillo de carbón el arroz que cuece en un caldero, a la sombra del camión, y calienta agua para nuestro té en otro hornillo de gas. En un cajón al costado del camión, en una especie de alacena, veo aceite, sal, azúcar, té, algo de pan, y un trozo de hueso con restos de carne de cordero aún húmeda, quizá el mismo hueso cocido que mete una y otra vez en el arroz para que no resulte tan insípido. ¿Cuántos arroces hará cada hueso? Al momento, el té caliente está circulando de mano en mano. Exquisito. Ángel ha tomado apuntes del hornillo de carbones, de la rasera, elementos que más tarde formarán parte del mural en el Hospital de Chinguetti, de los pape-



les que el artista irá pintando en estos días mauritanos. Manolo camina hacia la jaima, hace algunas fotografías, y vuelve con los ojos desencajados por el calor. Yo miro al niño, y él, al final, consigue mirarme y sonreír sin bajar la cabeza. Su hermano, el camionero, no aceptaría ni un céntimo por el té, dice desconcertado Mohamed cuando le preguntamos si hay que darle algo.

La temperatura supera los 50 grados. El aire quema. Literal. No puedo apoyar la espalda en el asiento del coche porque me abraso. Nadie comenta nada, pero luego, ya en Chinguetti, me entero de que Ángel estaba a punto de ebullición, de verdad afectado, luchando contra el mareo y el agotamiento. Si el coche se parara de golpe el aire nos aplastaría. Tienes la misma sensación que si te pusieras por sombrero una roca. Vemos por la ventanilla el cambio sutil del paisaje. Se ven las primeras montañas y el principio de un valle fértil, el del río que atraviesa, ahora seco, Terjit. No sabemos si es el verde del oasis el que nos da una sensación de frescura o que de verdad comienza a remitir el calor. Es un paisaje hermoso, con casas de adobe, terrosas, disimuladas entre las piedras, en la falda de las pequeñas montañas. Las llanuras que hemos dejado atrás durante cientos de kilómetros dan paso a una geografía más atormentada, también hostil, inhabitable, áspera, con lajas de piedra, montañas de roca viva en cuyos precipicios vemos los estratos y el sedimento que las olas de un mar que ya no existe dejaron hace millones de años. Es un paisaje que de nuevo recupera el horizonte. Así se mantiene hasta que llegamos a la siguiente ciudad, Atar, la capital de la región de Adrar. De nuevo, cobertura en los teléfonos. Es una ciudad bulliciosa, viva, con aeropuerto internacional y hoteles, con calles asfaltadas y espacios acotados para el ocio, con rotondas ajardinadas y pequeños restaurantes que sacan sus terrazas afuera, con mercados en donde no faltan las verduras, la carne, la fruta. Eso es verdad, pero no resulta una ciudad en la que te apetezca quedarte. Llenamos el depósito de gasolina, renovamos las botellas, compramos plátanos y manzanas, y seguimos.

## **6 de la tarde. Chinguetti.**

Pasadas las 6 de la tarde, con la última claridad, llegamos a Chinguetti. Nos alegramos de haber cruzado las montañas, a unas decenas de kilómetros del pueblo, con luz del día, porque en la carretera asfaltada que sube serpenteando vemos restos de roca desprendida de las alturas y quitamiedos de obra arrancados de cuajo por los movimientos de tierra y precipitados al vacío. El asfalto se convierte en pista de chinarro al pasar la montaña, una pista que Mohamed recorre a la velocidad exacta de 80 kilómetros por hora. A lo lejos, Chinguetti. La ciudad tantas veces imaginada está ahí, envuelta en las primeras sombras del atardecer. Estamos emocionados. Buscamos el hospital, y a él nos conducen las indicaciones que nos dan. Todo el mundo lo conoce. Dejamos el 4x4 a la puerta, y como si fuéramos azúcar, un enjambre de niños nos rodea en cuanto pierde el recelo a los tres blancos. Saben que los blancos siempre llegan con algo, y

no fallan. Es nuestra perdición.

Ángel hace el gesto de buscar algo en una bolsa, y de inmediato lo rodean. Reparte caramelos. Es un ejército ingobernable. Anochece. Las casitas de piedra se van perdiendo tragadas por la oscuridad y la densa calina, que aún flota y nos envuelve, una gasa de polvo de arena que nunca dejaremos de ver. En el porche del hospital, con arcos ojivales, hay un hombre que espera la mejoría de su bebé. A la mañana siguiente, debido a una serie de complicaciones, nos enteramos de que el niño ha muerto. Descargamos la gran caja con la pintura y el resto de materiales para el mural, y nos vamos a la casa en la que viviremos estos días. Es impresionante. De piedra. Con terracitas escalonadas. Las habitaciones se abren a un patio central. Parecen celdas monacales. Una cama, un ventanuco, y un sillón de plástico. Una estera azul cubre el suelo. Conviene entrar descalzo porque de lo contrario, a los dos días, habrá tanta arena dentro como afuera. El sofoco en el interior es de lumbre. Tiro el equipaje y salgo huyendo. Nos vamos al pueblo, a respirar, a comprar la cena. Hay millo nes de saltamontes. Son los restos desperdigados y remolones que se perdieron de la gran plaga que devoró el país el año pasado. Están por todas partes. Se concentran en las luces eléctricas, que a esta hora, y durante tres, seguirán encendidas. Sólo tres horas de electricidad, de 8 a 11 de la noche. Las pequeñas bestias son molestas y descaradas.

En la tiendecilla a la que vamos acuden hombres a comprar, a llamar por teléfono, y niños con unos ojos tan curiosos y de una inmensidad tan desconocida que casi te paralizan. Son niños muy guapos. La gente del pueblo es tranquila, agradable y educada. Siempre hacen un gesto con la cabeza para saludarte. Devoramos la comida después de un día de fatigas. Después de cenar, relajados, dejamos el porche, llevamos las sillas a la arena, a cielo abierto, y al momento, como si leyera n nuestros deseos, se fue la luz. Eran las once en punto de la noche. El cielo bajó aún más, y nuestras cabezas se iluminaron con un fulgor de lucecillas de leche. Los sonidos del pueblo comenzaron a llegar más nítidos, y los niños y sus risas en las casas al otro lado del cauce seco del torrente parecían revolotear a nuestro lado. Con qué poco se puede ser feliz.

A las doce decidimos irnos a dormir. Colchones fuera. Los sacamos de nuestros cuartos y los disponemos en batería sobre una gran estera. Nunca antes había tenido la sensación de poder tocar el cielo con las manos. Vamos cayendo poco a poco, uno detrás de otro. La noche es suave, dulce. Me envuelvo en una sábana. El relente es traicionero. La luz tenue y blanquecina nos rodea. Todas las estrellas del mundo parece que se han bajado a Chinguetti, y si tuviera fuerzas me levantaría para comprobar que allí, frente a la casa que habitamos, los camellos y sus dueños, descansan en paz, como nosotros. La armonía es contagiosa. La felicidad es esto.





## Día 3. Chinguetti. El amanecer.

Son las 7 de la mañana. El día está abriéndose con una calma excitante, ese zarcibulle que no te permite seguir remoloneando en la cama ni un segundo más. Hoy comienza el trabajo del mural en el hospital. Llegamos antes de las nueve de la mañana, y algunas mujeres, con sus chiquillos en brazos, esperan a que sean curados en la enfermería. La temperatura va subiendo por momentos. Vamos sacando al porche latas de acrílicos, brochas, lápices, la escalera de tijera, algunas sillas, y la gente, personal del hospital y visitantes, nos mira sin saber muy bien qué hacemos ni en qué terminará todo esto. La pared parece tan fría como la creatividad de los artistas. Comienzan los primeros trazos, los primeros tanteos, se dibujan las primeras líneas, pero sobre todo se establece el cimiento sobre el que se irá desarrollando la idea. El mural abarcará un ciclo completo. El día y la noche. Visto desde el interior de las arcadas, la noche, a la izquierda. El día, a la derecha. Desde el primer momento quedan claras las diferentes formas de trabajo, los trazos de cada cual. Ángel Haro rayando la pared con enérgicas líneas rectas. Manolo Belzunce, detallista, salpicando de figurillas la escena. Me gusta verlos trabajar, entenderse, borrar sin miedo lo que a uno no le gusta del otro, discutir una decisión hasta desprestigiarla con una maldad, y la que más nos gusta es advertir en un trazo, en un ambiente, en unas sombras, el parecido con tal o cual pintor, cuyo nombre, dicho en Chinguetti, suena como el latigazo de unos niños malos que se mean en la alfombra del vecino y luego salen corriendo. Hoy es día de carboncillo. Dos palmeras centran el esbozo de un gran paisaje que todavía es concreto, con figuras reconocibles, viviendas, mezquitas, minaretes, animales,



VOL DE NUIT

HANO, 6 SET. 2005

pero sé que más adelante, cuando haya entrado el color, cuando haya entrado la apisonadora de los descartes, cuando las brochas se deslicen por el paño de pared formando capas de pintura, velando para luego desvelar, irá perdiendo impulso lo concreto hasta equilibrar la balanza con lo abstracto.

Repleto de referencias que los tres hemos vivido desde que llegamos al país hay una que nos emociona y nos toca fibras muy hondas. Quieren convertir el mural en un memorial sin alharacas al niño que moría anoche. Dejan inscrita la fecha del fallecimiento en el lateral de un pequeño ataúd. Volveríamos a ver al padre del niño, envuelta su cabeza con un turbante azul, al día siguiente, y cuando le señalamos en la pared el féretro y la fecha vimos que sus ojos brillaban. La llegada al hospital de mujeres, sobre todo mujeres, es continua mientras duran las consultas. Veo en sus miradas la misma resignación que he visto antes en otros países africanos. Es como si no existiera el dolor ni la tragedia. Se asume la desgracia con una aceptación desconcertante. El calor aprieta. A las 11 decidimos recoger. Sudamos y falta el aire. El día se está poniendo arisco.

La tarde transcurre lenta, laboriosa. No podemos salir de la casa porque la tormentilla de arena no acaba de irse y el calor te tumba aún. Decidimos salir más tarde, de noche, para hacer algunas compras de urgencia y llamar por teléfono. ¿Llamar por teléfono? Eso es una proeza. No siempre el satélite está bien, así que no siempre que quieras hay línea. La mujer de la tienda de comestibles nos saca el aparato a la calle, hasta la estera donde nos invita a sentarnos. No es temporada turística y no se puede desaprovechar una ocasión tan golosa. Me fijo en el cable, tan retorcido que hay que desliarlo para que llegue hasta donde estamos. Pero no hay manera. Marcamos, marcamos, marcamos, la señora nos alumbrá con la linterna, los mirones nos rodean aburridos, nosotros hacemos fuerza para que los números salten a los cielos, reboten y crucen el desierto, los oasis, las montañas, los mares, y lleguen a nuestras casas tocando timbres que nos anuncien, pero qué va, sólo se escuchan crujidos remotos, pitidos deslavazados que terminan en uno, contundente, rítmico, el que indica que la línea está ocupada. Es la señal. Cuando pasa eso en Chinguetti no se puede hablar por teléfono. Estás aislado del mundo.

Decidimos regresar a casa y cenar. Nos espera el cuscús de pollo que nos ha preparado Atar, que no es Atar, nunca lo fue, aunque casi hasta el último día lo llamamos Atar. El cocinero de la casa se llama Torá, pero Manolo comenzó a decirle Atar, Atar, y con Atar se quedó. Lo que aún no me explico es cómo alguien que se llama Torá responde cuando tres elementos le llaman Atar. Yo creo que nos vio decirlo con tanta convicción que desde ese instante jamás se planteó volver a llamarse Torá. Torá es un buen cocinero. Cuando le celebramos un plato parece que su cuello se estira un poco más y el Modigliani que es su figura se estiliza cinco palmos.



Los artistas se duermen rápido. Yo paso una noche terrible. No duermo nada. Me pican todas las hormigas de África. Escucho las primeras llamadas a la oración, que me llegan entre las tinieblas de mi duermevela. Ángel quiere levantarse para grabar el amanecer, y lo escucho trajinar. Se me ha ido la noche, pero no estoy rematado. Manolo, desde la terraza a la que han subido, me tira chinios para que me levante. Lo hago y lo agradezco. Estos amaneceres te cuentan cosas de ti que tú mismo desconocías.





# Día 4.

## Chinguetti. Mohamed, o Manuel, el conductor.

Sobre la terraza, con los ojos pegados, esperamos que amanezca. El cielo está despejado y se ven las formas de las chozas en las dunas de enfrente. Lo que brota al principio por el horizonte no es la bola dorada que esperaba, pero el resplandor que va rompiendo las nubes deshilachadas llega con tanta fuerza y tan silencioso que me petrifica. Los jóvenes trabajadores que pican piedras para los tapias del albergue que se construye junto a la vivienda de Alfonso Torres, el presidente de la Fundación Chinguetti, están llegando al tajo. Es hora de desayunar. Recogemos los colchones y nos preparamos para salir. Mohamed ha hecho sus oraciones, y el coche está listo. El día ha comenzado.

Mohamed, el conductor, es duro de pelar. Es callado, tozudo, y casi nunca se ríe. Si tiene una idea será muy difícil cambiársela. Si tiene un programa será imposible retocarlo, adaptarlo al momento en que haya que ponerlo en práctica. Si hoy estaba previsto tirarnos al vacío a las cinco de la tarde, no me vengas con que a las cinco de la tarde vamos a tomarnos un té. Luego nos enteramos de que Mohamed tiene una formación militar, y le cuesta cambiar sobre la marcha el plan trazado con anterioridad. El único que lo sabe manejar, igual que hay quien maneja un helicóptero o quien maneja un rebaño de ovejas, es Manolo. Mohamed fue Mohamed sólo unas horas. Al día siguiente Mohamed era Manuel. No me explico cómo lo hace Belzunce, pero tiene a Mohamed comiendo en su mano. De hecho, ni Ángel ni yo somos nadie. Manolo es el patrón. Manuel, a comer, Manuel, ve a por agua a la tienda, Manuel, mañana nos vamos al Hospital a las nueve, venga, Manuel, hay que montar las pinturas... Los dos se entienden como viejos camaradas en un francés imposible que a Ángel, que lo habla a la perfección, le resulta milagroso.

La mañana es productiva en el Hospital de la Fraternidad de Chinguetti. Al revisar ahora lo que escribí allí, amplí algunas notas, otras las elimino, otras las elaboro y desarrollo, y otras, como las que tomé sobre el raro sentimiento de orgullo al ver la bandera de mi país ondear en la fachada de un centro médico en un lugar remoto y necesitado se quedan como están.



Ese orgullo permanece intacto al recordar aquella tela junto a la bandera mauritana porque simboliza el esfuerzo económico de muchos particulares y de algunas instituciones para mantener activo un hospital en el que se puede comprobar que el dinero se usa hasta el último céntimo.

Cuando llegamos al hospital ya hay algunos enfermos preguntando en el vestíbulo hacia dónde han de dirigirse porque tienen molestias en los ojos, hinchados los pies, o tosen los niños que llevan en brazos las mujeres. La gente que entra y sale se va habituando a estos locos en pantalón corto que se tiran horas haciendo dibujos en las paredes del porche, ahora se acercan, ahora se retiran, ahora se quedan mirando esas manchas de pintura, ahora uno dibuja y el otro lo tapa. Hoy se han tirado al mural con ganas. Reflexionan. Discuten para ver por dónde seguir. Me reconozco en sus dudas, en sus hallazgos porque el proceso de la escritura es idéntico. Igual que una palabra desatasca, orienta y estimula, un trazo o un color te conducen al flujo suave de una corriente llena de hallazgos. Estás perdido, y de repente una palabra te traslada a valles que a ti mismo te sorprenden. Un golpe de color, un manotazo repentino te saca del sopor. Y entonces enloquecen arañando la pared, manchando, retándose, emborronando, aprendiendo, disfrutando, ahora sí, ahora están pintando.

Este delirio sucede cuando Ángel mete su mano en un bote de pintura roja. Y con la mano ensangrentada restriega la pared, y Manolo se tira al festín, y entre los dos, a destajo, inspirados, ajenos a todo y a todos, parecen galopar a lo largo de la superficie como potros, riéndose de su gozo, trabajando con la certeza de estar haciendo, ahora sí, lo que empezó a vislumbrarse desde que salimos de Nouakchott. De la cocina, una chica envuelta en telas de gasa de colores intensos, trae té servido en una pequeña bandeja. Es un descanso obligado que se agradece porque esa tregua les permite a los artistas calibrar, distanciarse unos minutos. No hay nada mejor para combatir el calor que esa ronda triple del té. La primera, amarga como la vida. La segunda, dulce como el amor. Y la tercera, tan dulce como la muerte. Es una progresión hacia el sorbo último, que es así, el más dulce, una bocanada cremosa que cierra el rito de esta bebida nacional.

Eran casi las doce cuando vino Mohamed a recogernos, y el fuego aplicaba su furia a todo lo que tuviera vida. Registro con la cámara las escenas, igual que voy haciendo con el lento proceso de creación del mural. Mucha gente, sobre todo las mujeres, hacen ademán de taparse la cara cuando observan que el objetivo las observa, y como yo las veo por la mirilla en primer plano parece que las tengo ahí, a un palmo, y siento pudor. Tienen unas miradas profundas en las que se pueden leer muchas historias. A veces, sin que se note mucho, miro sus pies, y me duele verlos tan cansados, tan resecos, con grietas en los talones en las que no es raro ver cómo brota la sangre. Es



EXUPERY

HAW, 10 SET. 2005



como si esos pies no fueran del mismo cuerpo, de esa cara con esos labios tan sensuales y esos pechos apenas dibujados debajo de la tela ancha y vaporosa que los envuelve.

Hay que llegar al mercadillo, Manuel, le dice Manolo a Mohamed. Es la primera vez que nuestro chófer ha llegado hasta el soportal, la primera que ha mirado con cierto interés el mural, la primera que tiene delante la razón de este viaje y quizá el momento en que de verdad ha entendido qué hacemos aquí, qué hacen tres tipos en pantalón corto, con camisetitas anchas, dos acarreando pinturas y manchando paredes, y otro, callado, o con la cámara, o escribiendo cosas en un libro de pastas duras. Hoy no dice nada. Será al cabo de los días cuando

hable y sentencie. Me gusta. Ese comentario les suena a los artistas como si leyeran la mejor crítica del mejor crítico del mejor periódico. Le gusta, a Mohamed le gusta el mural. Es curioso. Ahmed Babu, el cocinero del hospital, que apareció el segundo día de nuestra llegada con ánimo y preguntas de enemigo, se ha hecho colega. Lo tenemos catalogado. Es la estampa de un camello, su perfil, su porte, sus labios, sus andares ingravi-





dos. Ángel lleva razón. Es un camello. Ahmed tiene 47 años, es alto, elegante, y se encarga de la cocina del hospital y de coordinar el funcionamiento de la casa de Alfonso Torres cuando hay huéspedes. Ahora, cuando ha entendido lo que hacemos, está entregado. Quiere, y sabe, agradar. Con él quedamos por la tarde para visitar la parte antigua del pueblo, que surgió alrededor de la mezquita del siglo XIV. Es una maravilla de piedra, como toda esta zona de Chinguetti. Queremos visitar una de las famosas bibliotecas de la ciudad. Chinguetti tuvo una época de esplendor cultural, una ciudad del desierto que se convirtió en la edad media en foco espiritual debido al paso obligado de las caravanas. Llegó a tener más de cuarenta bibliotecas privadas, tesoros acumulados por sus dueños a lo largo de sus viajes preceptivos a La Meca.

La Biblioteca Hadú cuenta con manuscritos del siglo XII, coranes que fue adquiriendo Hadú en sus viajes, originales con un primor artesanal. También hay escrituras de propiedades, y libros de astrología, y matemáticas, y papiros enrollados en cañas de bambú que si alguien los abriera se destruirían porque las condiciones en las que se guardan estas joyas del pasado no pasarían ni las más benévolas leyes de conservación. Es un dolor ver estos documentos, legajos, y libros manuscritos cubiertos por un manto de polvo. En algunos de ellos se observan cráteres irrecuperables labrados con voracidad por las termitas. El bibliotecario, un chico joven, es un descendiente de Hadú. Así lo dejó escrito en testamento su pariente medieval. Dejó claro que la biblioteca jamás podría salir de Chinguetti, y que sólo sus descendientes podrían hacerse cargo de ella.

Con llaves de madera nos abre la sala principal, abierta en uno de los laterales del patio central a cuyo alrededor se abren las distintas estancias. Una mesa con cristales de corredera guarda una de las joyas de la biblioteca, un corán de una belleza perturbadora. Sus filigranas miniadas tienen una delicadeza extraordinaria. La luz de oro del atardecer entra como un estilete cegador a la estancia donde el bibliotecario nos explica los secretos del tesoro. En las zonas más apartadas de la habitación, con suelo y paredes de tierra, se ven objetos de uso corriente que usaban sus antepasados nómadas, fogones, tazas, cuencos, rosarios de piedras minúsculas para las oraciones, alforjas, pieles curtidas de animal para transportar el agua. Las bibliotecas de Chinguetti comparten su espacio con pequeños pero interesantes museos etnográficos.



# Día 5.

## Chinguetti. La aldea de la melancolía.

Amanece. Los camelleros, ahí enfrente, están preparando su jornada. Viéndolos sentados mientras parecen cepillar la barriga de los animales, caigo en la cuenta de que aquí la vida se hace a ras de suelo. La gente toca la tierra cada día. Muchos trabajos se hacen sentados, descansan sobre esteras, comen en bajo, los niños se revuelcan en la arena, los mayores charlan en cuclillas, las mujeres que llegan al hospital esperan sentadas en el suelo con la espalda apoyada en la pared y los pies descalzos, cruzados, y cuando por las tardes hacen té en la puerta de sus casas también se sientan a ras de estera. De hecho, apenas existen sillas.

El mural está a punto de terminarse. Crece como un ser vivo. Y bien nutrido. Una trepidación de colores y manchas van formando una geografía densa, enmarañada y potente. Ángel parece preparar los fondos. Manolo parece dibujar las formas. Dibujo, se borra el dibujo con manchas de color, se vuelve al dibujo para que el fondo aparezca vibrando en retazos que por sí solos podrían ser cuadros autónomos. La gente del hospital, trabajadores y enfermos, miran fascinados el lienzo de pared. Son testigos interesados de lo que está ocurriendo ahí, y apenas hablan. Los maestros, hoy, están un poco traviscornados. Belzunce le reprocha a Haro que vaya detrás de él borrando los dibujos que hace. Haro afirma que es verdad, pero que su intención es enriquecer con nuevas capas el fondo, sí, claro, dice Manolo, para luego tener que volver al principio, a hacer las figuras. Con conversaciones como ésta, sumada a los arrebatos individuales, como si al unísono o por separado se tiraran al cuello de la obra, a empujones de intuición, se va viendo el final del trabajo. Será el legado que aquí dejen, el objetivo de esta visita, el apoyo a la Fundación Chinguetti.



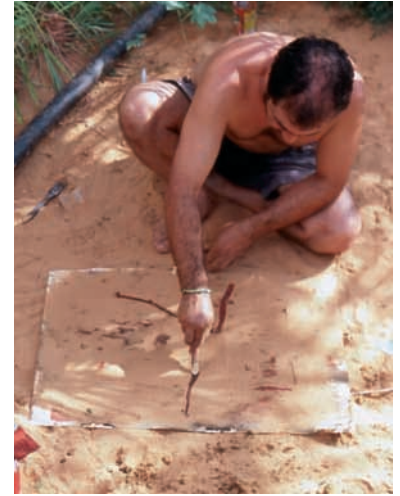
Por la tarde nos vamos de excursión a uno de los oasis más fértiles de la zona. Desde el pueblo se tarda unos veinte minutos en el 4x4. Se pasa por el Chinguetti primitivo, una pequeña aldea con mezquita de piedra, prima de la que luego se alzaría en el nuevo Chinguetti y que se convertiría en una joya arquitectónica protegida por la UNESCO, una protección a la altura de la séptima ciudad santa del Islam. La gran duna de Chinguetti se queda a la derecha, y si subes a ella tienes la extraña sensación de ser un hombre poderoso, pero el más solitario del planeta. El oasis al que llegamos está más cerca de lo que nos han dicho. La imagen que yo tenía de un oasis no tiene nada que ver con lo que ven mis



MIRAGE EXUPERY

HAWO, 9 SET. 2005





ojos. Yo creía que un oasis era un pozo, quizá un charco de agua, y quizá algunas sombras de palmera. Qué va. Hemos llegado al paraíso. Da la sensación de que el agua brota en cuanto haces un hoyo en el suelo.

El coche atraviesa cercados hechos con ramas de palmera que delimitan el fértil terreno de cada familia. A estos cercados particulares con vegetación, y por tanto con agua, se les conoce aquí como jardines. La excitación de los artistas se palpa. Despliegan por las veredas decenas de pliegos de papel que van manchando con pigmentos de acrílico embadurnados con arena, pero la furia y el placer de la creación es tanta que uno jalea al otro, y ambos parecen haber entrado en un arrebato que arrastra a quien los mira, un círculo de espectadores que participan asombrados de esta situación, cautivos ante semejante locura y que por la expresión de sus rostros yo sé que es la primera vez que la viven, una mezcla de respeto y estupefacción, porque a quién se le ocurre manchar con tierra la superficie de esos papeles inmaculados, y luego aclarar la pintura con chorros de agua y lejía, y hacer brochas desgarradas con taramas de palmera, y pasar las palmas de las manos sobre esas figuras que recuerdan la estructura de las viviendas, de las chozas, de las jaimas, que Manolo, de nuevo, renombra hasta que tenemos la palabra exacta con la que nos entenderemos, las jámilas. Todos esos papeles se llenan de jámilas, de su espíritu. Las jámilas resumen nuestros días en Mauritania.

Mohamed, nuestro Manuel particular, parece sonreír mirando a los muchachos y a los hombres que miran extrañados preguntándose qué



hacen los españoles, y lo hace con un aire de superioridad, como el que está en el ajo, como si él ya no se extrañara de nada y supiera el porqué de las cosas, y de hecho va y viene, y nos dice que la alberca está preparada para el baño. Así es. La pequeña alberca se ha barrido, la arena del fondo se ha recogido y el agua llega hasta el filo. Los últimos racimos de dátiles de la temporada casi rozan la superficie, y si la felicidad tuviera cuerpo estoy seguro de que no andaríamos muy lejos de ella.

Volvemos a Chinguetti por otro camino. Nos paraliza lo que vamos viendo. Ha comenzado a atardecer, y cuando pasamos por un poblado de casitas humildes, hechas con ramas y troncos de palmera, se me erizan los pelos. Sobre las dunas, como algo imposible, se levantan las viviendas. Su apariencia es tan frágil como conmovedora su belleza. Un gran nudo se agarra a la garganta porque lo que vemos, con aires de postal viva, es real, y la gente vive ahí, y uno se pregunta de qué viven si en kilómetros y kilómetros no hay nada, y cuando uno dice nada es la nada absoluta. Pero hay mucha dignidad. Los chiquillos y los más jóvenes se arremolinan cuando nos detenemos con el coche. Aquí la vida es dura, pero la expresión de sus caras no lo demuestra. Los niños tienen una sonrisa que te descuajaringa, y cuando les das un caramelo te miran con los ojos más satisfechos que hayamos visto en mucho tiempo. Las mujeres, sentadas en las esteras frente a la puerta de sus casas, observan la escena con calma, como quien presencia un espectáculo que se repite algunas veces al año.

A esta hora de la tarde, cuando el sol es un disco dorado al que se puede mirar sin miedo, atraviesa las nubes, las va manchando de fuego y estamos ante un cielo que no parece real. Contra él, sueltos en mitad del cercado de troncos, el cuerpo de los camellos se recorta, y sus movimientos lentos cobran una majestuosidad casi de espectro. Las dunas de Tinda Uájali tienen la suavidad de los montes de arena hollados miles de veces por los mismos pies, por la gente que se aparta una y otra vez de las miradas de sus vecinos para tener unos momentos de soledad, por los niños que corretean subiendo y bajando de una colina a otra. Nos bajamos del coche como atraídos por una fuerza que nos hipnotiza. Ángel trepa a las dunas y hace fotos, está poseído, señala una y otra vez la desconcertante belleza de los restos de viviendas abandonadas, troncos retorcidos, taramas secas de palmera, y jirones de tela consumidos por el sol que al trasluz de la tarde parecen fantasmas que luego, reinventados, revivirán en su obra.













JAMILA. CHINGUETTI

HANO, 7 SET. 2005

Tinda Uájali es una aldea plantada a ambos lados del camino que nos lleva a Chinguetti, un largo trayecto en el que no es raro ver a jóvenes andando en grupo que van o vienen, o a mujeres que acarrean sacos de dátiles para vender en el mercado del pueblo. Un grupo de niños se engancha al coche cuando arrancamos, pero Mohamed enfurece y hace amagos de bajarse del vehículo. La estampida de chiquillos y sus risotadas se pierden en un segundo por el poblado, el mismo que tardan en acudir en cuanto de nuevo echamos a andar. Yo voy subido atrás, en el pequeño remolque donde llevamos los materiales, y les hago ver el peligro, pero la tentación puede con todo, y como hay tan pocas oportunidades... pues que disfruten. Oscurece y hay que encender los faros. Miro atrás, pero el poblado, sin una sola luz, ha desaparecido. Cuánta melancolía. Al llegar a la casa, hablando con Ángel, dice lo mismo, tengo un ataque de melancolía.



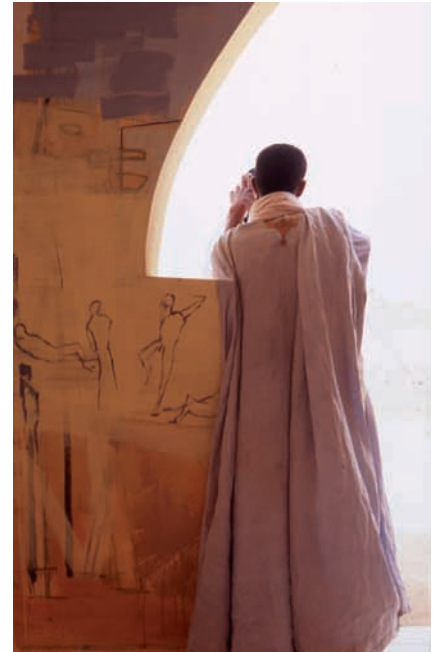




# Día 6.

## Chinguetti. El mural se acaba.

El amanecer viene hoy precedido de una orquesta desquiciante. Una confabulación de pájaros, burros, cabras, camellos, lloriqueo de niños recién despertados, y conversaciones lejanas pero diáfanas sube hasta la terraza, y con ese despertador de la vida nos levantamos. Nunca antes lo había hecho con tantas ganas, tan en paz conmigo y con el mundo. Nos vamos al hospital. Es un día lento de trabajo. El mural está en su fase final y no quieren riesgos. Les digo que están perros, pero responden que no, que eso pasa siempre que algo está a punto de acabarse, que ahora no es momento de explosiva creación sino de serena reflexión. Con calma se repasan detalles, se fijan rincones que se dan por concluidos, se perfilan figuras, arquitecturas, constelaciones, la gente entiende que una zona de los arcos, la de la izquierda, vista desde dentro del hospital, es la noche, y que la otra zona, la de la derecha, es el día, y por eso lo que ocurre en un lugar y otro es distinto, por eso en la noche se ve alguien adormilado bajo un cielo lleno de pequeñas luces, y el tronco de las palmeras tiene un manto de luz que parece de leche, y en la zona del día hay reatas de camellos que atraviesan los desiertos, y hombres y mujeres que toman té, y corrillos de gente hablando, y la intensa luz ilumina los minaretes con tal fuerza que hasta las plantas y las flores parece que están vivas.



# Día 7.

## Chinguetti. La verdadera musulmana.

Durante el desayuno hablamos del mural. Le queda un suspiro, quizá una última mirada de aprobación, y las firmas. La gente del pueblo está acostumbrada al paso diario del 4x4. Ya nos relacionan con el hospital, y cuando ven que paramos frente a alguna tienda por la mañana saben que saldremos de ella cargados con botellas de agua. Que la vida y el trabajo tienen en este país un ritmo distinto al nuestro es evidente. Como no hay enfermos ahora, ni parturientas, ni curas que hacer, el personal del hospital está en la calle, tranquilo, sentado en el suelo del porche o bajo los arcos de la galería. El farmacéutico, la enfermera, las chicas de la cocina, el de la limpieza, todos están afuera. La enfermera es una mujer de mediana edad, con abigarrados dibujos de hena en las manos, y lee versículos del Corán sentada en una silla, justo a la puerta de la enfermería. Lleva un vestido que le cubre todo el cuerpo y un pañuelo apretado en la cabeza ocultando sus cabellos.

A Ángel le llaman la atención las manos de la mujer y pide hacerle algunas fotos. No acepta en seguida. Al final se levanta, sigue a Ángel hasta la explanada de la calle, donde hay más luz, y la coloca en una silla, para que esté más cómoda. Encuadra las manos de la mujer, pero como las mueve tratando de alejarlas de su cuerpo lo más posible, temerosa de que salga en la foto parte de su cara, el fotógrafo





intenta cogérselas para indicarle el lugar exacto en que debe dejarlas. A la mujer le falta dar un alarido. Hacía tiempo que no veía a alguien con una expresión de tanto pánico. Las retira de inmediato y farfulla algo que no necesita traducción. Ni se te ocurra, insensato, viene a decir, a una verdadera musulmana no la toca un hombre. Ahora el poema lo escribe en segundos Ángel en su cara. Se queda paralizado, sin saber qué hacer, tratando de encajar su inocente intención con la desproporcionada reacción de la señora. Sí, hay fotos de las dichas manos.

Ahmed Babu nos comenta, con respeto y prudencia, que esa mujer vive el Islam de forma muy particular. Me lo dice por la tarde, sentados en una terraza que visitamos a diario antes del anochecer. Hablamos de muchas cosas, y cuando le pregunto por el sueldo medio de alguien que trabaje todo el mes me contesta que ronda las 34.000 uguiyas, es decir, unos 100 euros. Claro que tener un trabajo fijo no es la norma. Es un privilegio. Ese dinero no alcanza para vivir. No lo dudo, le digo. Hay que tener palmeras datileras, camellos, o cabras para redondear el sueldo. Él tiene un pequeño rebaño de cabras y camellos que le cuida un chico todos los días. Su mujer, además, tiene una tienda a la que le dedica unas horas por la mañana y por la tarde.

Vuelvo al mural, a la mañana. Ángel dice que los últimos momentos de un trabajo son los más peligrosos. Pasa, pone el ejemplo, como con los macarrones. Están buenos, pero se dejan un poco más, y cuando quieres acordarte de ellos están pasados, para tirarlos. Pues con la pintura, igual. Si está terminada la obra hay que saber pararse. Es lo que hacen. La cosa se terminó. Sus firmas se estampan, discretas, abajo, en la zona de la noche. Se ha pintado el mural. Hay satisfacción, pero noto en el ambiente un aire de melancólica pérdida.





CHINGUET

HANO, 8 SET. 2005





Celebramos

el final de este trabajo tomándonos un té en la pequeña terraza de un cafetín al que llegamos cuando la arena del suelo está recién regada. Una vez más, el muchacho que hace el té nos invita a que veamos el lento proceso de elaboración, el incesante trasvase de un vaso a otro del líquido, el único secreto que tiene esta bebida que se sirve con tres dedos cremosos de espuma natural.

Rompe, rompe, que estás haciendo lo mismo. Los oigo al fondo del último patio de la casa, es por la tarde, trabajan los dos con papeles, y Belzunce regaña a Haro porque cree que está repitiendo el trabajo en el mural, ¿o no ves que es lo mismo que has hecho allí?, suélate, así, eso es, hay que perder el miedo, eso ya es otra cosa. Disfruto viéndolos desde lejos. Se sienten plenos. En este viaje he descubierto muchas cosas, me han hecho reflexionar otras muchas, pero sobre todo he descubierto a Manuel Belzunce, un tipo tan burro como delicado. Así pinta. O, como dice Ángel, Belzunce pinta como habla. Puede ser un gañán con un vocabulario de taberna y al segundo un espíritu finísimo que mide cuanto dice con un tacto exquisito.





# Día 8.

Chinguetti.

**Orville Gálvez, el médico del hospital.**

Anoche, tormenta de arena. Cuando tragaba el pollo tenía la sensación de estar comiendo unos raros berberechos. Decidí no dormir en la calle porque el viento era molesto. Por primera vez me acosté en la habitación y logré dormir hasta esta mañana. Es el día más fresco de los que hemos tenido. En vez de 50 grados, tal vez tengamos 40. Algo es algo. Ángel y Manolo están trabajando ya. Continúan con los papeles que mancharon ayer. Al llegar a la cocina me encuentro en el salón a Orville, que llegó anoche de Nuatchok. Nos saludamos. Es más joven de lo que había imaginado. La felpa negra que lleva en la cabeza le da un aire aún más desenfadado. Orville es un gran conversador, y siente debilidad por su trabajo. Está enfermo de amor por lo que hace. No sólo es el director del Hospital de la Fraternidad, es el motor de ese milagro en Chinguetti. Lo fue en su día su primera directora, Beatriz Relinque, y él ha continuado una senda que a diario presenta nuevos retos.

Para atender a un niño desnutrido, que llega de una aldea a decenas de kilómetros del hospital, no puedes atender sólo al crío. El problema es más complejo. Si la madre no está bien alimentada tampoco podrá amamantar a la criatura, así que, Cipriano, si quieres, ven conmigo, que me voy al mercado a ver qué hay, que tengo en el hospital a una señora a la que he de llevarle comida. Nos vamos al mercadillo de Chinguetti. Lo saludan con reverencia y admiración emocionantes. Hoy hay pescado. Al anciano que corta lomos y rodajas de ese enorme bicho le encarga varios trozos. Es un pescado de escamas negruzcas que jamás he visto. No está en mal estado, pero como no hay hielo para conservarlo el olor que desprende se percibe desde lejos. Seguro que llegó esta madrugada desde las playas de Nouakchott en camiones que, sin duda, no son frigoríficos. Pero Orville se alegra de poder comprar varias rodajas porque con ellas



hará una sopa con fundamento. Cuando volvemos a la casa se pasa la mañana cocinando. Al mediodía llevará la comida a la mujer, retenida en el hospital hasta que recupere la teta y pueda alimentar a su bebé. Sería absurdo, me dice, dejarla ir porque donde vive apenas tienen para sobrevivir, y menos un recién nacido si su madre no puede darle el pecho. Por la noche, para la cena, hará lo mismo. Y así hasta que considere que la mamá y el crío saldrán adelante. Aquí no hay horarios, o te crees lo que haces o no aguantas ni un mes. ¿Satisfacciones? La más grande, me dice, es la de haber sacado adelante a un hombre, a una mujer, a un niño que un día llegan al hospital a un paso de la muerte y al mes, después de sacarle partido a lo que tenemos, que visto desde España sería menos que nada, encontrártelos trabajando, charlando con otras mujeres, o correteando churretos y feliz por las dunas. La sopa de pescado y el arroz con zanahorias están listos. Orville se va al hospital. Yo decido dar un paseo por las afueras del pueblo.

Por la noche, sentados de nuevo a la puerta de la casa, en la arena, Orville me dice que la desidia mauritana es real, y que en Chinguetti existe. Es como si hubiera una obligación por parte de los países ricos, del rico en general, es decir, del blanco, en proporcionar dinero, material, víveres, vestidos, ambulancias, o caramelos, al pobrecito negro, aunque éste reciba todo eso con desdén, siempre pensando que podía haber dado más. De repente, detrás de las caras de felicidad de los niños con su caramelo en la mano, o del gesto de los muchachos cuando se les da una camiseta, se me esclarece la intuición que siempre tuve. Ahora lo entiendo. Siempre les resulta poco. Son insaciables. Si das uno piensan que podrías dar cinco. Lo malo de las ayudas internacionales, concluye Orville, es que fomentan el gauderío, desde quienes detentan el poder, que se rebozan en el fango de una voraz corrupción, al último ciudadano, que prefiere poner la mano que trabajar. No existe la ambición personal. Sólo el que la tiene puede alcanzar cierto desahogo económico y cierta fortuna.

Aquí se vive al día. Mañana no existe. Hoy como, mañana ya veremos, aún no ha llegado, no me preocupa. Tengo la sensación de que en muchos países africanos se piensa igual. Sin duda, en Marruecos también lo he visto con mis propios ojos. Con una sensación agri-dulce me voy a la cama. Se ha hecho tarde, muy tarde. La noche está cerrada. Y el silencio que nos envuelve es de tumba.



# Día 9.

Chinguetti. 15 días sin luz.

Lo barrunté anoche. Llovió. Fue una lluvia intensa, continua. Un milagro. Decidimos pasar el día en el jardín de Mahmud. El 4x4 cruza veloz, como si volara sobre la arena hollada por la tormenta. Miro la cresta de las dunas, que han cambiado de color. La tromba y la humedad las ha tostado, ahora son de color rojizo. Como voy en el remolque del vehículo observo que no se levanta polvo a nuestro paso, algo insólito. Resulta un día intenso y provechoso. Embastan decenas de papeles que más tarde terminarán. De nuevo se vive un arrebato de inspiración contagiosa. O es este lugar, o es que se ha vivido tanto, y con tanta intensidad, que en cuanto aprietas un poco salen disparadas las sensaciones, las emociones, las numerosas imágenes que se han ido acumulando en estos días y que ahora, como descargas eléctricas, reviven de nuevo en esos papeles tirados en el suelo, dos, cuatro, siete, doce papeles a la vez, un mundo del que surgen esqueletos de viviendas, cabras, camellos, dunas limpias, ensoñaciones, aldeas, figuras y abstracciones de una contundencia real, como si siempre se reviviera la melancolía de Tinda Uájali, coño, hasta el nombre es bonito.

Creo dormirme pensando en la riada de mañana. A media noche me da sed. Voy a la cocina y atravieso el patio bajo un cielo de enormes, frescas, y recién creadas estrellas. La tormenta descargó y se fue. La luz no sólo no vino hoy sino que no vendrá en quince días a Chinguetti. El generador del pueblo se ha estropeado. Menos mal que nuestro frigorífico, de los pocos que hay, funciona con gas butano. Sé que mañana no habrá agua en el río.





# Día 10.

## Chinguetti. Las hormigas de plata.

Es temprano aún, pero Ángel está embalado. Hace una serie de chozas, de jámilas negras, una mezcla asombrosa de enérgica potencia y sutil delicadeza. Primero mancha de negro, pero antes de que seque el acrílico le aplica un manguerazo de agua. El chorro retira la pintura, pero deja un rastro, una señal, la huella de su impronta. Él mismo se sorprende de lo que está sacando. Manolo ha iniciado otra serie, pero con la piscina del oasis como tema. Se agacha sobre el papel, se levanta, con un palo convertido en brocha ocasional restriega los pigmentos, a veces deja la huella de sus pies sobre la superficie, y cuando están así, tan absortos, no hablan, levantan las cabezas como ausentes, no me ven. No existe nada en el mundo más allá de ese mundo que ni ellos conocen y que están a punto de descubrir.



Orville hará la cena. Un guiso con carne de camello. Si la otra noche, mientras yo visitaba la casa familiar de un amigo, Ángel y Manolo comieron saltamontes, y no los probé, tampoco en esta ocasión, aunque ceno en la casa, probaré el camello. No soy de mucha carne. O no de carne de camello. ¿Lo de los saltamontes? Muy fácil. Hay noches en las que durante la cena, atraídos por la luz blanca del salón, llegan enjambres de langostas. Son medianas, casi translúcidas, saltarinas, absurdas, tozudas, molestas, un martirio. ¿Y si las probamos? Dicho y hecho. Cogieron unas cuantas, las echaron en la sartén con un poquito de aceite, las espolvorearon con sal, y a la boca. Deliciosas, me cuentan, como si comieras gambas fritas, igual de crujientes, igual de sabrosas, un aperitivo de lujo.

Esta noche, por primera vez en mi vida, veo hormigas de plata. Se mueven sin cesar con una agilidad desconcertante. Brillan con la luz de las estrellas, y sus pequeños cuerpos parecen joyas delicadas. No me dejarán dormir. No sé cómo he ido a ponerme al lado de un hormiguero. En mitad del sueño, sin apenas saber muy bien qué está pasando, sólo recuerdo que doy patadas y me rasco. Y que apenas acierito a luchar contra esos seres diminutos, translúcidos y diabólicos que emergen del fondo de las arenas de Chinguetti. Me pregunto por qué me pican sólo a mí. Pienso en lo que alguien nos dijo del lugar donde dormimos con las esteras en el suelo, al lado de un árbol en el patio de la casa. Se dice, o yo creo haber soñado que se dice, que en ese lugar hubo un cementerio.

An abstract ink and wash painting on a light-colored background. The central focus is a large, horizontal wash of yellowish-gold pigment. Above this wash, there are dense, dark ink splatters and brushstrokes, some of which appear to form a silhouette of a figure or a complex organic shape. The background is filled with various ink splatters, including circular and irregular shapes, creating a sense of depth and movement. The overall composition is dynamic and expressive.

MIRAGE EXUPERY

How, 9 SET. 2005



REARVIEW OF THE



# Día 11.

## Chinguetti. El último día.

Hoy es el último día en Chinguetti. Incluso ahora, cuando escribo estas líneas después de los meses que han pasado, noto angustia en la garganta. Hoy ya no podremos ir, como casi todas las tardes, a la terraza del Mundial a tomarnos un té. Ni veremos en nuestros paseos por el pueblo antiguo a las familias con más posibles tumbadas a la puerta de sus casas, sobre las esteras, viendo la televisión por satélite, ni escucharemos la llamada del muecín a la oración, ni volveremos a desayunar untando paté al pan tostado con aceite de oliva, ni viviremos unos días en vilo por si el joven carpintero al que se le explica la forma y las dimensiones de la caja que transportará la obra de papel terminará haciendo lo que de verdad necesitamos o lo que él considere que nos hace falta, ni veré cómo Ángel, disciplinado, coge por las tardes, después de la siesta, cuando sólo es posible quedarse quieto tumbado en las planchas de espuma del salón, su libreta de apuntes y se entretiene haciendo dibujos, embastando ideas, ni veré a Manolo con el matamoscas dándole mamporros a las fieras, que se vuelven locas con tal de volver locos a quienes las sufren. Aún no nos hemos ido, y ya cierro los ojos imaginando que recordaré a los niños subidos a las dunas más altas, y desde la cresta, sobre trozos de plástico rígido, los veré descender haciendo carreras por ver quién llega abajo antes, y veré el arañazo de su descenso que el viento, en cuanto te das la vuelta, ha borrado.

Hoy, el último día en Chinguetti, ya no quedan papeles. Bueno, sí, uno. Han decidido pintarlo entre los dos. Ángel me comenta que la técnica que venía persiguiendo desde hace días acaba de dominarla, justo cuando nos vamos. No está mal. Yo la resumo a mi manera, mancha que algo queda. Lo que interesa no es la pintura abundante sino la huella que deja cuando un chorro de agua la asusta y desaparece de golpe. Lo que ha aprendido es a dominar el tiempo de exposición de la pintura, la fuerza del chorro que nos desvelará la primera impronta, que para Ángel, en esta técnica, es lo que cuenta.

Hoy, último día en Chinguetti, cuando anochece hay una actividad frenética, como si huyéramos de algo. Los equipajes ya están colocados, y Mohamed, nervioso, al volante. No entiendo tanta prisa. Me parece un disparate viajar toda la noche. Luego sabremos que Ángel tampoco está muy conforme, pero lo cierto es que no hay tiem-



po que perder. Esto va en serio. Nos vamos. Orville nos despide a la puerta de la casa. Hace bochorno, pero cuando el coche arranca entra por las ventanillas algo parecido al fresco. Cruzamos el pueblo despacio, como despidiéndonos de sus calles, de la gente, de las tiendas. Son las 9 de la noche. Pesa tanta melancolía, tanta tristeza. Aún las siento.









## Día 12.

### Chinguetti/Nouakchott. El frío de la noche.

Juego como los críos sacando la cabeza por la ventanilla, intento coger la luna, que aparece y desaparece según la dirección del coche. Y así me atonto y amodorro. De golpe, en mitad de la nada, el coche se para. Vemos una jaima al trasluz, medio en sombra, y una luminaria encendida que avisa que allí se puede pasar la noche. Lo hacemos. Nos detenemos junto a la luz turbia de la vela protegida por una pequeña pirámide con sus caras de piel curtida y Mohamed se dirige a la jaima. Al momento vuelve con un camellero, que arrastra una estera para que durmamos. Luego nos trae cojines para la cabeza y nos tendemos. Hace mucho bochorno, pero se ha levantado un aire que al momento se convierte en viento. Sopla fuerte y levanta polvo. Estamos en un desierto de rocas diminutas. Nos liamos en lo que pillamos y nos dormimos rápido. Pero me despierto pronto. Hace mucho frío. Tiritando me meto en el coche. Duermo bien.



Amanece despacio. Jamás he visto un rosa en el cielo como el que nos rodea. Nos echamos unas garfadas de agua en la cara y nos ponemos en marcha. Desayunamos en Akjoujt. Compramos zumos de mango y galletas. Son galletas españolas de chocolate y limón. El desayuno nos devuelve el buen humor. Hacia las 11 de la mañana llegamos a Nouakchott. Entramos a otro mundo. Antes de instalarnos en el Novotel nos dirigimos a la oficina de Ahmed, un tipo hospitalario con el que pasaremos el día, comeremos en su casa, conoceremos a su mujer, la vasca Lierne, y con el que iremos al día siguiente a la playa, a una playa despoblada, de arena blanca, virginal. Ahora hay que bajar la caja que hizo el carpintero joven de Chinguetti -la hizo bien, y como la madera de palmera es liviana pero resistente, la caja es en sí una pequeña joya-. En ella va el trabajo de Ángel y Manolo. Habrá que facturarla con destino Murcia, y nos hace gracia el exótico recorrido, Nouakchott, Ceutí, donde Haro tiene el estudio.

Lo que necesitamos cuanto antes es llegar al hotel, ducharnos, bajar al bar a tomar una cerveza fría, comer algo, y echarnos una siesta.



CHINGUETTI

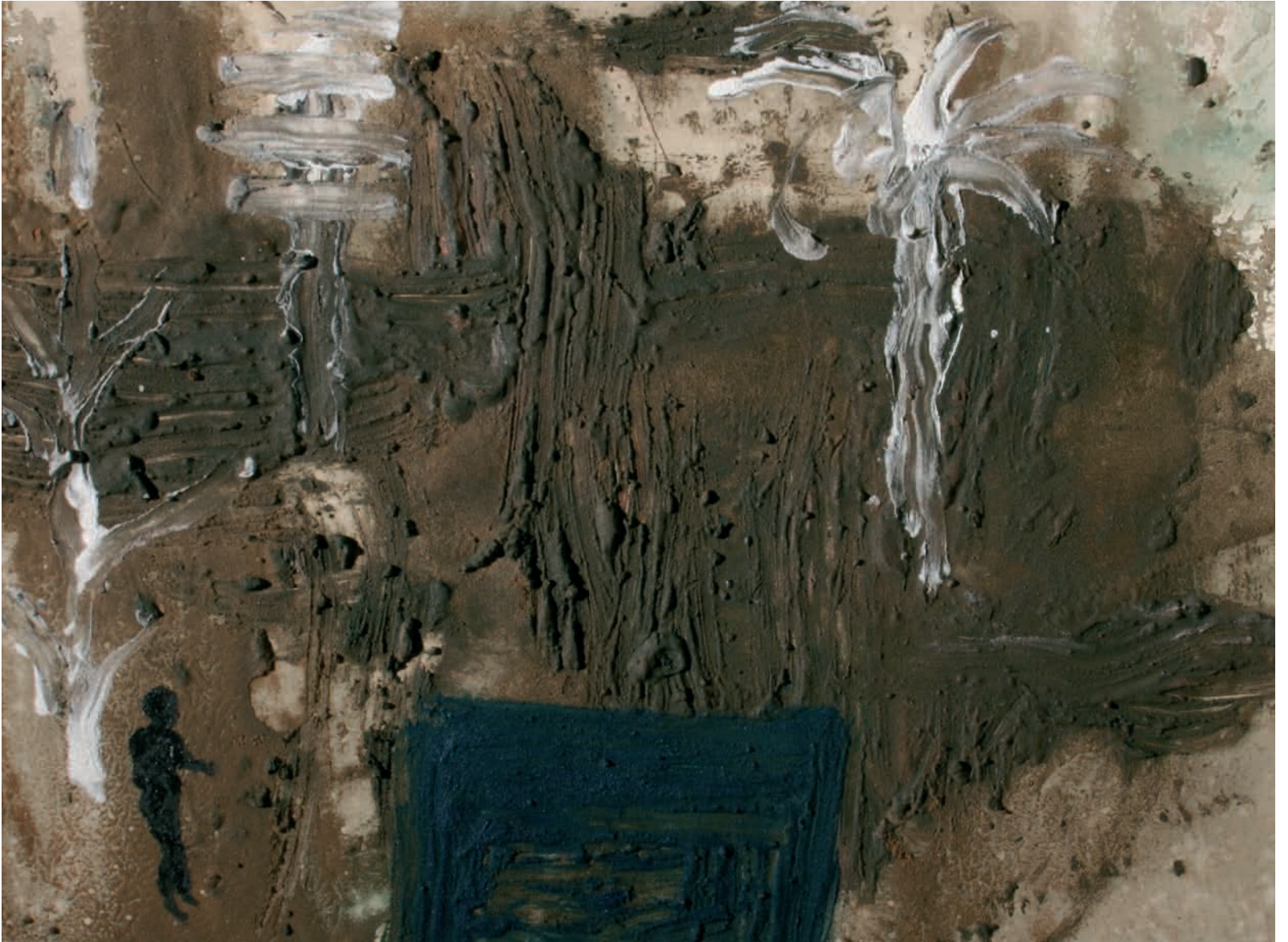
Horo, HSET, 1960





BELUNCE OR *La Visita al Oasis*





A las 3 de la tarde me levanto porque Ahmed viene a recogerme -ellos se quedan en la cama- para hacer una excursión. Viajaremos cerca de la frontera con Senegal, unos cien kilómetros hacia el sur. Lo hacemos acompañando al director de compras de El Corte Inglés en Canarias, que quiere visitar un proyecto de Cooperación Española de tratamiento de pescado. El viaje es enriquecedor, y pasamos por paisajes que nada tienen que ver con lo que he visto hasta el momento. Conforme nos acercamos a la frontera con Senegal, antes del río del mismo nombre que separa ambos países, el paisaje es verde y esponjoso, con arbustos de monte bajo.

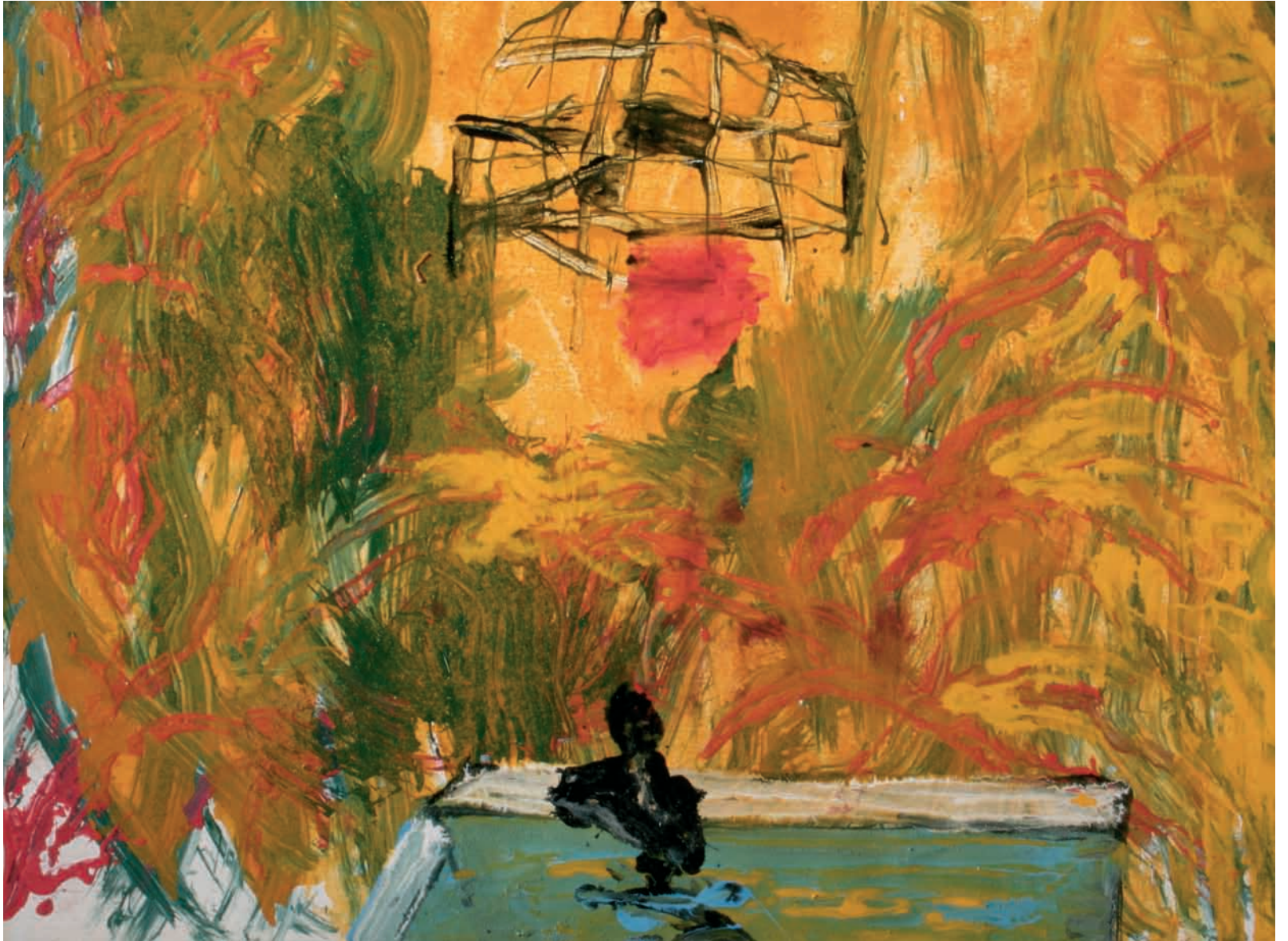
Al final, después de dar tumbos por caminos y pistas tortuosas buscando el mar, llegamos a las famosas instalaciones. Es una planta abandonada, a medio hacer. Luego nos enteramos de que el proyecto se paró hace tiempo sin saber por qué. Y también que el dinero no fue el problema, porque dinero había. Misterios. Al cuidado de las instalaciones, viviendo en chozas azotadas por el viento, olvidados por el mundo, hay un par de hombres. No me explico de qué viven. Aún así, en cuanto llegamos, nos invitan a té, que tomado al borde del mar, sentado en la arena, sabe a gloria. Mientras mis acompañantes andurrean por los alrededores y hablan de negocios yo me quedo solo, y de verdad que tengo la sensación de estarlo.

A la vuelta se hace de noche. El tráfico en dirección a Nouakchott es infernal, y se suceden los controles policiales de acceso a la capi-



tal. De vez en cuando se ven farolillos hechos con botes de plástico transparente cerca de la carretera. Ahmed me dice que son avisos para que la gente sepa que allí se vende leche fresca de camella. El viaje de vuelta está repleto de sorpresas. Vemos varios accidentes. No es extraño en un país en donde los carnés de conducir se pueden conseguir untando con billetes a los responsables del tráfico. Recogemos a Ángel y Manolo, y después de una ducha rápida, Ahmed nos lleva a su casa. Cenamos pescado. Qué lujo. Enormes gambas, pescadilla, doradas, y ensalada con espárragos. Delicioso. Lierne es una mujer encantadora. Y Ahmed un anfitrión de matrícula. Nos encontramos como en casa.







# Día 13.

## Nouakchott. La familia de Ahmed.

Anoche, como hago siempre que llego a un país nuevo, me gusta ver las emisiones de la televisión nacional. No es sólo la inercia la que me lleva al mando a distancia. Es la curiosidad. Sé que la televisión es un espejo extraordinario que toma el pulso del país, sobre todo si en él no hay libertad de prensa, libertad en general. La televisión mauritana no falla. Viendo lo que uno ha visto por las calles, viendo la situación miserable de los barrios, la carencia absoluta de servicios básicos, con la gente ganándose a diario no la vida sino el momento presente, viendo que el Estado es una palabra sin sentido, que la residencia presidencial es una construcción faraónica rodeada por kilómetros de valla vigilada por soldados con escopetas en las manos, viendo todo eso, cuando encendí la televisión pasaban imágenes de un país irreal. Oasis verdes, grupos de danzarines actuando sonrientes bajo las palmeras, amaneceres y atardeceres bellísimos, vídeos con unos paisajes de postal, pero nada, ni una referencia a la gente, ni una imagen de las caóticas y sucias calles de la capital, ni de las muchas necesidades del sur profundo, donde la hambruna salta a los medios internacionales cada cierto tiempo. Con esas emisiones se duerme mucho mejor.

Hoy abandonamos Mauritania. El vuelo saldrá antes de las doce de la noche. Dejamos el hotel. Ahmed nos invita de nuevo a su casa. Por la mañana vamos al mercado grande para hacer las últimas compras. La policía se lleva a un chico con una ristra de relojes de marca falsificados, y al pasar por un puesto de bubús, fiero y chulo, le da un puntapié y lo tumba. La ropa se cae al suelo y se mancha con el chapichape de barro y aguas sucias. Su dueño, perplejo, no dice nada. Los colegas de al lado, cuando el guardián del orden desaparece con la barbilla adelantada como si estuviera en una parada militar, le ayudan a recoger la mercancía. Algunos niños ríen la bravuconada. A nosotros se nos revuelven las tripas, pero no podemos hacer nada.





Cuando el calor aprieta me llevan a casa de Ahmed. Todos, incluido él, se van a UPS, la agencia de transportes que llevará el material hasta Ceutí. Yo me quedo hablando con Lierne y jugando con Vitar, el hijo mayor de Ahmed, un niño de dos años inteligente, vivo, un saltamontes que va del español al vasco, del vasco al árabe, y del árabe al dialecto que habla la señora que lo cuida a él y a su hermanita cuando los padres no están en casa. Hace tanto calor que no puedo abrir la boca. Me conformo con un poco de chocolate y fruta.



Queda mucho tiempo aún, y de vuelta, con la caja camino de España, Ahmed propone irnos a la playa. Nos vamos. Ahmed tiene una flota de 4x4, y escoge el Toyota adecuado para andar por asfalto y por zonas de arena. Nos lleva a una playa retirada de Nouakchott. No hay nadie. Son kilómetros y kilómetros de arena blanca lamida por las olas de un océano que, por primera vez en mi vida, encuentro cálido. Jamás me he bañado a gusto en el Atlántico, pero en Mauritania no encontraba el momento de salir. Nos ponemos a jugar como chiquillos, y Vitar enloquece con las olas y nuestros juegos. A la vuelta, como si nos conociéramos de toda vida, y después de quitarnos la sal con el agua dulce de la ducha que lleva el coche, se queda dormido en mis brazos. De nuevo, la ciudad bulle en una salsa frenética. Y aunque la mirada se acostumbra no acaba uno de comprender la razón de tanta suciedad. Todo se tira a la calle. Da igual que sea algo perecedero que objetos de plástico, latas, caucho. Ahmed nos lo explica. Este país es un país de nómadas, dice. Hace poco más de cuarenta años Nouakchott no existía, era desierto, se construyó coincidiendo con la independencia del país, colonia francesa hasta 1960. La gente de las zonas rurales que llegaba a la ciudad actuaba, y actúa, como siempre lo ha hecho, como nómadas, es decir, tirando los desperdicios al suelo porque sabían que cuando levantarán sus jaimas y se marcharan, ningún vestigio de lo arrojado este año quedaría cuando regresaran el próximo. Pero estos nómadas han entrado en contacto con materiales no perecederos, con materiales que no son orgánicos pero que tiran al suelo como si lo fueran. Con una diferencia. Esos materiales no





JAMILA CHINGETTI

H.no. 7 SET. 2005





JAMILA CHINGUETTI

desaparecen. El espíritu nómada permanece intacto, pero la civilización no ha sido asimilada aún.

Al anochecer, sobre las nueve, Mohamed nos lleva al aeropuerto. Antes de despedirnos, Ahmed nos recomienda a un policía para acelerar los trámites. Con 2000 uguiyas la maquinaria será menos pesada. Así es. Escenificamos la comedia del control de pasaportes y nos instalamos en la sala de embarque. Ni abren las maletas. Hay una tienda con perfumes regentada por una mujer muy elegante envuelta en vestidos coloristas, con una mezcla de tradición y vanguardia. Los escasos viajeros esperan sentados el momento de volar. No hay pantallas luminosas, ni megafonía que indique la partida. Cuando la puerta de acceso a la pista se abra será la señal. Es la hora del embarque y ya estamos en la fila para salir al exterior, pero a Manolo aún le queda tiempo para matar un alacrán descomunal que provoca algunos gritos de la chica que está en el mostrador de Air France.





## **Día 14.**

**Nouakchott/París/Madrid/Murcia.**

Estamos en casa. Chinguetti, los días de la jámila, forman parte de nuestros sueños.





La obra fue trabajada combinando, tintas y acrílicos con arena agua y sol sobre papel super alfa 250 gramos de 56 x 76 cm. Con este trabajo **Ángel Haro** y **Manuel Belzunce** dan su visión de esos días tan llenos de cosas y emociones. Días que se concretan en el texto de **Cipriano Torres**, fruto de las innumerables notas que tomó para dar constancia de este intenso viaje.